

En la tierra de los boers.

Evocando el pasado.—Tradiciones.—«La bella blanca».—¿Quién era?—Maza.—Por una hija.—El castigo.—Una doble aparición.—Contraste terrible.—¡Idiota!—Dignas de Oriente.—Un novelista y la realidad.—Fantasmas.

Hoy en que el nombre de la pequeña república sud-africana está en la boca de todos, es conveniente prescindir del presente para dirigir de vez en cuando una mirada al pasado, evocando así algunos recuerdos que ya constituyen verdaderas tradiciones en el país donde hoy la guerra deja sentir sus terribles efectos.

Cada mina suele tener su tradición y esta ley se cumple en el Transvaal quizás con más fuerza que en ninguna otra región, pues hasta el *claam* más pequeño é insignificante, siempre y cuando que lleve cierta antigüedad en explotación, tiene la suya.

Esto le ocurre al denominado *La bella blanca*, en el Kimberley, hoy casi abandonado por los rebuscadores de oro, en vista de los escasísimos rendimientos que á quienes trataban de explotarlo producía.

La tradición á que nos referimos no puede ser más sencilla.

Un pobre diablo procedente de Europa, donde había dejado abandonadas al partir á su mujer y una hija, llegó á Kimberley y á fuerza de trabajos logró reunir una mediana fortuna, á pesar de lo cual no envió ninguna clase de recursos á su mujer, que tras de muchos sufrimientos sucumbió.

Marx, que tal era el nombre de este indivi-

duo, supo por una serie de coincidencias la desgracia de su esposa, y entonces, cuando ya sólo podía llorarla perdida, fué cuando comenzó á renacer en su pecho aquel amor que parecía extinguido, con más fuerza que antes.

El viudo trató entonces de buscar á su hija y llevársela consigo; pero todo fué inútil, pues la joven no pareció.

Marx volvió á Europa, gastándose en infructuosos viajes é investigaciones casi todo su capital, y volvió al Transvaal descorazonado, sin haber hallado el paradero de su hija.

Abandonados sus *claams* durante el tiempo de su permanencia en el continente europeo, cuando regresó pudo ver que sus negocios iban muy á menos.

Tan así fué, que á los dos años de su regreso al Kimberley sólo poseía una mina insignificante, y se refiere que mientras él solo, pues los obreros habíanlos despedido, buscaba y rebuscaba en la tierra un pedazo de oro, sin hallarlo nunca, la sombra de su difunta esposa, vestida de blanco, con el mismo traje con que concurrió á la ceremonia nupcial, se le aparecía llevando de la mano una niña rubia y andrajosa que era su hija.

La figura ideal y virginal de la madre, ostentando en su pecho el azahar simbólico, figura de mujer distinguida y hasta elegante, contrastaba en gran manera con la de la infeliz pequeñuela, demacrada por la miseria y las privaciones.

Marx concluyó por perder el entendimiento y falleció idiota en una casa de salud (la primera que se fundó en el Transvaal), creyendo ver la extraña aparición.

La mina, hoy abandonada por completo, lleva el estigma referido y aún huyen de ella

los temerosos creyendo ver á la *dama blanca*.

Como se desprende de esta sencilla relación, también en el Sur del Africa hay tradiciones dignas del Oriente, capaces de dejar muy atrás las que Dumas recogió en sus *Mil y un fantasmas*.

Ptolomeo.

CURIOSIDADES

UNA NARIZ SOSPECHOSA

Siempre se ha creído que las extremidades del cuerpo humano revelan, aún mejor que los ojos de las personas, el carácter y modo de ser de éstas, á pesar de ser aquéllos los que más perfectamente indican el estado de ánimo del sujeto.

Actualmente la curiosidad científica del día la constituye en Calcutta un chino, cuya nariz es digna, á juzgar por lo que de ella se refiere y dibuja, de un *Cyrano de Bergerac*.

No estriba lo curioso del asunto en el tamaño exagerado de aquel aditamento del rostro humano, que en este caso es mucho más extraordinario cuanto que se trata de un individuo perteneciente á la raza asiática, siempre achatada, sino que lo anómalo consiste en que, según afirma Halmont, el implantador del sistema antropométrico en la India, la nariz larga es signo indudable de instintos rapaces.

Lay-Tchen, que tal es el hombre que hoy por hoy parece ser el que narices de mayor tamaño posee, resulta que, á pesar de poseer una inmensa fortuna, padece—esta es la expresión adecuada—el afán de sustraer pequeños objetos en cuantos lugares puede hacerlo.

Un impulso misterioso es el que mueve á este hombre á dedicarse al robo por verdadero *sport*, pues que está demostrado que no lo hace sino por divertirse, por un íntimo placer que experimenta cuando realiza el delito.

Un impulso misterioso es el que mueve á este hombre á dedicarse al robo por verdadero *sport*, pues que está demostrado que no lo hace sino por divertirse, por un íntimo placer que experimenta cuando realiza el delito.

Ya se han dado varios casos análogos al del poderoso súbdito del Celeste Imperio, y á este efecto recuerda una Revista inglesa á cierto príncipe de Gales, que hace unos cuantos años hubo de ser detenido en París en una de las dependencias del gran bazar del Louvre, por habérsele sorprendido apoderándose de un cepillo de los dientes tasado en un franco.

Este mismo magnate, ya conocido por los dueños de varios comercios, como ahora le va pasando en Calcutta al referido chino, continuó en su extraña monomanía; pero aquéllos hicieron los distraídos, como actualmente estarán haciendo, de seguro, con el nuevo poderoso amigo de lo ajeno.

Lo mismo tratándose de este señor, ex mandarín en su patria, que de aquel magnate inglés, el ayuda de cámara de aquél tiene buen cuidado de registrar los bolsillos de las ropas de su señor y los cajones de ciertos muebles para buscar en ellos los objetos que el señor se lleva por la noche *distraídamente* de los sitios que puede, para devolverlos en seguida á su dueño, enviarle el importe ó conservarlo en depósito, en el caso de que no sepa la procedencia del objeto hallado, con el fin de devolverlo ó de abonar su precio.

Lo que no explican bien las publicaciones es la relación que la nariz pueda tener con

este vicio; pero resulta, de todos modos, que el noble chino es, según se dice, el hombre de más nariz que actualmente se conoce y uno de los más caprichosos.

Ptolomeo.

IPOBRES PERROS!

Los hay de malicia llenos y de condición gruñona, y los hay nobles y buenos. El perro es una persona, sobre poco más ó menos.

Hay perro fino y cortés que casi ladra en francés, y que no muerde jamás. ¡Perro que anda en cuatro pies por modestia nada más!

¿Que rabian de cuando en cuando?... ¿Y eso justifica el bando más infame que lei?... ¡Pues si hoy anda por ahí media Humanidad rabiando!

La medida criminal adóptese en general por la coronada villa, y al que rabie, sin bozal, que se le dé la morcilla.

¡Cuánto crítico incipiente, que rabiando clava el diente, y cuánta suegra danesa, y cuánto editor de presa morirían felizmente!

¿Qué daño pueden hacer los pobres perros?... Morder. Pues cobarde, y á traición, ¿qué hace una falsa mujer?... ¡Mordernos el corazón!

Hay madre sobre la tierra que, sin que el llanto la ciegue, en la Inclusa á un hijo encierra. ¡No hay en el mundo una perra que de ser madre reniegue!

¡Iguales en condición perros y hombres?... ¡Torpe yerro! ¡Retiro mi afirmación, y que me perdone el perro tan mala comparación!

¡Llamar instinto al saber?... ¡Vergonzosa hipocresía! ¡Yo he llegado á conocer perro que debiera ser doctor en filosofía!

Un músico de talento y justa reputación, que entre mis amigos cuento, tenía un perro pachón crítico de nacimiento.

Si acabada una lectura, Turco el rabo meneaba, la victoria era segura. ¡Cuando el perro nos ladraba, adiós libro y partitura!

Llegó el pobre á adivinar y, en su misión siempre alerta, hubo día que al llamar no me dejaba pasar con mi libro de la puerta.

Por sublime intuición, del libreto protestaba, y, al llegar la ejecución, el público la gritaba. ¡Turco tenía razón!

Yo, del buen maestro, apelo hoy al testimonio fiel. Su apellido no revelo. Diré que el nombre es Manuel, y que es nieto... de su abuelo.

Quien de mí llegue á dudar á él le puede preguntar. El perro es más que parece, y le debemos tratar como en justicia merece.

Por el destino humillados, con el hombre comparados, son más fieles y más duchos. Los *perros sabios*, son muchos. Los *hombres sabios*, contados.

¡La fortuna loca es, y por eso, lector, ves que en estos mundos de Dios hay *sabios* á cuatro pies, como hay borricos en dos!

José Jackson Veyan.



RECUERDO AMOROSO